

MÁSCARAS Y TRASCENDENCIA.

Introducción.

El tiempo que hoy nos toca vivir ha sido denominado posmodernidad; época en la que asistimos al fin de la metafísica, la moral y las ideologías modernas. Quiere ser una nueva etapa original en la historia del hombre, con la pretensión de ser aquella que resuelva definitivamente sus conflictos. Sin embargo esta *“liberación posmoderna”*, pone de manifiesto sus máscaras. Llamamos máscaras, distinguiéndola de lo que puede ser el disfraz o la careta, a esa conciencia personal de tener una apariencia frente a los otros, y poder servirse de esta misma apariencia. El hombre posmoderno se presenta enmascarado. Es decir, con un comportamiento que no permite manifestar la verdadera imagen de su yo-real al mundo. Y pensamos que estas máscaras se sintetizan en tres tipos

Seducción.

Una de las características de la posmodernidad es el estado de seducción. LIPOVETSKY entiende que en nuestra época *“la seducción se ha convertido en el proceso general que tiende a regular el consumo, las organizaciones, la información, la educación y las costumbres”*.¹ El comportamiento de insinuación y sensualidad busca provocar un impacto que se evidencia en la sociedad. Hay seducción en la TV y los medios de comunicación, el arte y el cine, los deportes, la publicidad, el lenguaje... Vivimos bombardeados por la seducción que se presenta como producto de compra-venta que media nuestras relaciones sociales. La seducción se da por querer producir algo en otro. Es decir, consciente o inconscientemente el posmoderno busca y quiere provocar, estimular, hacer sentir. Nuestras relaciones sociales evidencian muchas veces esta máscara posmoderna. Un emergente que

¹ LIPOVETSKY, G. *La era del vacío*. Anagrama. Barcelona. 1996. pág. 17

me parece considerable y sirve de ejemplo es la moda, que aparece como exponente de la cultura posmoderna de la seducción. Se “usa ropa” con el fin también de provocar e insinuar algo en alguien. La máscara aparece cuando empieza la manipulación, cuando la moda se hace norma, costumbre y juicio de aprobación social, cuando comienza a ser motivación de nuestras acciones. De este modo las vidrieras y revistas pasan a ser el espejo del alma. Ejemplo es una publicidad con el slogan: “*Sos lo que llevás puesto.*” Se vuelve problemática en la medida en que tienden a hacer creer que en definitiva la belleza es algo que viene desde afuera. Y así, “enmascarados”, salir de uno e impactar y seducir a otro. Lo problemático empieza cuando la seducción se vuelve manipulación de la belleza, que por ser tal, ha dejado de ser belleza. Todo contribuye a la elaboración del perfil del “hombre posmo”: alguien completamente vuelto hacia sí, hacia su propia subjetividad, que se cierra sobre sí en la inmanencia de la propia conciencia, pero que sin terminar de verse en la verdad y con cierto aburrimiento existencial, se siente impulsado a salir de sí y establecer comportamientos sociales que oculten la realidad. Pues sin saber quién es, pueda, desde la seducción, hacérselo creer a los demás. De este modo el paradigma de la posmodernidad es Narciso. El posmoderno está desorientado porque vive condenado a contemplar perpetuamente la imagen desdibujada de su propio reflejo, sin nunca terminar de encontrarse a sí.

Pensamiento débil

Una segunda máscara posmoderna es la del pensamiento débil. El término es acuñado por VATTIMO: “*El pensamiento débil significa (...) una teoría del debilitamiento como carácter constitutivo del ser en la época de la metafísica*”². El posmoderno ha renunciado a la metafísica y al proceso de conocimiento como

² VATTIMO, G. *Creer que se cree*, Piadós Estudio. Buenos Aires. 1999. pág 31-32.

objetivación y las ha reemplazado por la sola hermenéutica y analítica. Ha renunciado al “pensamiento fuerte” de lo absoluto y lo totalizante, y consecuentemente, de la trascendencia. El pensamiento débil surge como pretensión posmoderna de dejar de lado los esquemas clásicos para forjar una nueva manera de ser y entender el mundo: una subjetividad llevada al extremo de la inmanencia buscando su propio bienestar (Narciso) y que convive con las demás “subjetividades” gracias a la “*magia*” del consenso y la tolerancia. De esta manera en el plano religioso aparece como esencial el fenómeno de la secularización. La religión será la re-interpretación de tradiciones anteriores, desmitificándolas. Y frente a esto brota el interrogante acerca de si la Nueva Era no va camino a convertirse en la religión mayoritaria de los posmodernos.

El mundo del Espectáculo.

El pensamiento débil es manifestación clara de la sustitución de la realidad por sus formas de interpretación. BAUDRILLARD dice que hoy “*asistimos a una suplantación de lo real por los signos de lo real*”³ Es el gran triunfo del fenómeno sobre la cosa en sí de Kant. La posmodernidad parece jactarse de haber reemplazado la realidad por su representación. El ser se diluye. Ya no importa la realidad. El posmoderno no se pregunta si existe lo real o no. En todo caso, la fabrica el mismo sujeto. Así nace la tecnocracia, el avance científico, la sobreexposición social y lo virtual. De las dos máscaras anteriores surge la cultura del espectáculo, que conjuga en sí seducción, sensualidad, fascinación, pensamiento fraccionario, la realidad como mercancía y representación; neón, maquillaje y *glamour*. El espectáculo es máscara en cuanto cubre la realidad y la fabrica, girando siempre en torno al consumo. DEBORD entiende que: “*El espectáculo es (...) una*

³ BAUDRILLARD, J *Cultura y simulacro*, Kairos, Barcelona. 1987 pág 11

Weltanschauung efectivizada. Es una visión del mundo que se ha objetivado. (...) El espectáculo constituye el modelo actual de la vida socialmente dominante”.⁴ Es una manera de entender el mundo y en definitiva de estar-en-el-mundo. Nace el “ídolo” para convertirse en paradigma y modelo del posmoderno. La vida cotidiana es una realidad aparente y fabricada, objetivada en el espectáculo. Ahora la sustitución del ser no es ya por el tener, sino por el parecer y el aparentar. Se conjugan máscara con manipulación. Se hace patente la paradoja del posmoderno: aquel que bajo la pretensión de la siempre tan añorada búsqueda de sentido y so pretexto de conocerse cada día más, termina huyendo y saliendo de sí sin saber el “adónde”. Predomina la cultura de la inmanencia del yo, de los estereotipos que condicionan y se postulan como modelos, del volumen alto y la falta de silencio, de una pretendida paz social a base de tolerancia, que genera la violencia. Sí, la máscaras posmodernas no hacen otra cosa que poner de manifiesto la escisión existencial del hombre de hoy.

Teatro

El teatro existe desde que hay hombre. Mejor dicho, desde que el hombre se ha cuestionado profundamente por el sentido de sí y de los demás y cuando se ha hecho la pregunta por Dios. El teatro en tanto arte es esencial al hombre. El hombre en cuanto hombre es capaz de teatro. TARKOVSKY hace una referencia sobre el arte, que hacemos extensiva al teatro: “(El objetivo del arte) consiste en explicar por sí mismo y a su entorno el sentido de la vida y de la existencia humana. (...) O quizás no explicárselo, sino tan sólo enfrentarlo a ese interrogante”⁵. Se establece la diferencia entre teatro y cultura del espectáculo. El teatro nos pone de cara a lo inmanente de la condición humana para comenzar a transitar un camino de

⁴ DEBORD, G. *La sociedad del Espectáculo*, La Marca. Buenos Aires. 1995. par. 5-6.

⁵ TARKOVSKY, A. *Esculpir en el tiempo*. Rialp, Madrid. 1991. pág. 60.

cuestionamiento y de peregrinaje hacia la trascendencia. El fin no es la mercancía que se compra-vende, el estereotipo de una realidad que quisiéramos tener pero no tenemos, sino la belleza; esa belleza que por la máscaras y la manipulación queda completamente diluida. Asimismo nunca se ha escrito y se ha hecho teatro sólo para uno. Se ha hecho para otros. Se ha hecho para asumir la búsqueda de sentido y dar respuesta al ansia de infinitud del hombre de todas la épocas. Por eso el teatro es diálogo. Y supone la alteridad, ora de los que llevan a escena una obra y la representan, ora de aquellos a los que dicha obra se dirige. Hay teatro en la medida en que hay hombres de corazón inquieto que se pregunten por el sentido y que entablen la búsqueda en diálogo con los demás. De esta manera el teatro y todo el arte se convierten en salida a la crisis posmoderna y hacen posible la caída de las máscaras a las que antes hacíamos mención. Gracias a lo dialógico de su estructura permite entablar una relación de alteridad con los otros. Rompe de esta manera el círculo de inmanencia del sujeto posmoderno. Cae el mito de Narciso condenado a contemplar únicamente su desdibujada imagen en las aguas del yo. Aparecen otros ojos que me miran y a los que puedo mirar. Aparecen otras manos que se tienden y que puedo sostener. Puedo desde la experiencia dialógica de la alteridad empezar a descubrir mi propia imagen mirándome en los ojos del otro. La estructura personal de inmanencia se rompe cuando salgo de mí para que, gratuitamente, en el diálogo pueda descubrirme siendo yo en la frescura de la mirada del otro y en la novedad de su palabra. Hay salida a la inmanencia en tanto el otro no es marginal y absolutamente distinto de uno. El teatro en cuanto pone en escena la condición humana en todos sus géneros y busca darle una respuesta asumida con sentido, junto con todo el arte en sus más diferentes géneros, se vuelve una genuina experiencia límite para el hombre de hoy. En tanto teatro está

ordenado a la contemplación de la belleza y busca la alteridad, quiebra el inmanentismo del posmoderno. El hombre es “*sacado*” de su inmanencia en la medida en que se deja fascinar por la belleza que no se puede manipular y por la alteridad de los otros que recorren junto a mí mi mismo camino y se vuelven compañía. La confrontación de mi existencia con la de alguien que por no ser yo es distinto de mí, me introduce en la posibilidad de hacer surgir la verdadera imagen de mi yo y no la máscara que me he formado. Y en esa misma experiencia de contemplación de la belleza y confrontación con el otro comienza a aparecer aquello más propio del hombre que de ninguna manera puede reducirse a un mero sentimiento, sino más bien a una actitud existencial en la cual vivir, que es el amor. Somos hombres en la medida en que recibimos amor y amamos.

Apertura a la trascendencia.

La caída de las máscaras se da en general por las experiencias límite. Una la acabamos de nombrar. Existen otras y son más bien negativas: la experiencia del dolor, el mal y la muerte. Desde que el teatro es teatro y la filosofía filosofía, hacemos frente a estas experiencias, que nos ponen en contacto con nuestra finitud. A lo largo de todas las épocas el hombre ha tenido que vérselas con ellas, sobre todo con la muerte. La filosofía del siglo XX ha sido en gran parte la filosofía de la pregunta acerca del sentido. Sin embargo, la muerte sigue siendo muerte. Tampoco la posmodernidad da respuestas a estas situaciones que marcan nuestra humanidad, ya que hace silencio y calla, o las niega. Es el momento en el que se acaba la seducción y la moda, en que se diluye el pensamiento débil o se apaga el neón del espectáculo. Y así caen las máscaras. Nadie escapa al dolor, al mal en general y a la muerte. Pese a todo, se puede vislumbrar una salida, que empieza en torno al teatro como posibilidad dialógica que me abre a los otros, a la experiencia

de la belleza y a la auténtica búsqueda de sentido. STEINER es claro: “...significa sencillamente que la empresa y el privilegio de lo estético es activar en presencia iluminada el continuum entre temporalidad y eternidad, entre materia y espíritu, entre el hombre y «el otro».”⁶ Nos hace pensar que hay algo más allá de todo y que se corresponde con el ansia de infinito del corazón. Frente a las situaciones límites que pesan sobre nosotros, se esgrime como salida la “trascendencia horizontal” en la medida en que comulgo con otros que se vuelven hermanos. Y podemos descubrir una “trascendencia vertical” en el sentido de encontrarnos no ya con la mirada del otro, sino con la mirada de Aquel que pone el deseo en mi corazón, quien es la Belleza, y quien me libera definitivamente de la inmanencia del yo. Es el gran olvidado por la posmodernidad: Dios. Es posible entonces hacer experiencia de diálogo y comunión con la Persona real de Aquel que es Creador y Padre. Si a partir de las experiencias límites –sin negarlas ni huir de ellas– que producen la caída de las máscaras, se evidencia la finitud del hombre y se descubre en la mirada y en la palabra del otro, de igual modo podemos reconocer la verdadera imagen del yo real en la Mirada y en la Palabra de ese Creador que es Padre. Ambas dos son la realidad del Verbo hecho carne en el hombre Jesús de Nazaret. Cristo es el modo en el que Dios nos mira y es la Palabra-Persona dirigida para el hombre. En Él la finitud es abrazada y asumida y la muerte se hace Vida; en él la seducción, el pensamiento débil y el espectáculo se vuelven hacia lo real. A partir de la caída de las máscaras hay posibilidad de Revelación, en tanto que el hombre, reconociendo su finitud y su creaturidad, pueda salir al encuentro del otro y descubrirse hermano; y en tanto se sienta llamado al encuentro del Único Absoluto en la persona de Jesús y descubrirse hijo con dignidad. De esa manera puede considerar su existencia como

⁶ STEINER, G. *Presencias Reales*, Destino. Barcelona. 1991. pág. 275.

una llamada a representar ahora sí su propio papel –sin máscaras y en la verdad de lo que se es– en la gran obra teatral que el Creador dispuso en su Providencia.

Conclusión

Hemos expuesto las tres máscaras posmodernas y dos salidas a las mismas: la alteridad dialógica y la Revelación, ambas con su posible inicio en la experiencia estética. Sólo el hombre terminará por ser tal en cuanto sintiéndose arrastrado por la Belleza y caminando junto a “otros yo” haga espacio en su vida para que, desde su finitud y más allá de las máscaras, se sienta llamado y pueda entrar en diálogo con el Verbo hecho carne. Así proclama CONCILIO VATICANO II: “...*el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado (...) Cristo manifiesta el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación*”⁷. La inmanencia de Narciso se rompe por el reconocimiento de un ansia de sentido que el hombre no se puede dar a sí mismo y que sólo encontrará en la mirada y en la Palabra del Padre. Y así, aprehendiéndose en la verdad del ser, reencontrarse con esa imagen primigenia y real que Dios se ha formado de él.

Bibliografía.

BAUDRILLARD, J. *Cultura y simulacro*, Kairos, Barcelona. 1987

CONCILIO VATICANO II, Const Dog. *Gaudium et Spes*. BAC. Madrid. 1970.

DEBORD, G. *La sociedad del Espectáculo*, La Marca. Buenos Aires. 1995.

LIPOVETSKY, G. *La era del vacío*. Anagrama. Barcelona. 1996.

STEINER, G. *Presencias Reales*, Destino. Barcelona. 1991.

TARKOVSKY, A. *Esculpir en el tiempo*. Rialp, Madrid. 1991.

VATTIMO, G. *Crear que se cree*, Piados Estudio. Buenos Aires. 1999.

⁷ *Gaudium et Spes*. N. 22